



Vol. 9, No. 3, Spring 2012, 225-253

[www.ncsu.edu/acorriente](http://www.ncsu.edu/acorriente)

**Urdimbres de Mnemosine:  
construcciones identitarias en *Cuerpos resplandecientes* y  
*Árbol de familia* de María Rosa Lojo**

**Norma Alloatti**

Universidad Nacional de Rosario

Desde que Jacques Le Goff planteara en *El orden de la memoria* (1977 en su versión original y 1991 en la castellana) los lazos estrechos que existen entre historia y memoria, hasta los estudios más recientes como los de Paul Ricoeur (2004), Pierre Nora (2008), Paolo Rossi (2003) o Joël Candau (2001, 2002)<sup>1</sup>, por citar algunos, la preocupación por explicar la construcción de la identidad a través de los recuerdos ha motivado numerosos escritos, tanto literarios como históricos.

La necesidad por dar inteligibilidad a los procesos de experiencias comunes, ha provocado gran interés en quienes se dedican a la antropología, escriben ficciones, estudian sociología e historia; en suma, en quienes abordan las ciencias sociales para dilucidar conceptos tales como el de *memoria colectiva* o el de *identidad* personal o nacional. *Mnemosine* teje y, a veces, desteje los hilos memoriales para

---

<sup>1</sup> Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario* (Buenos Aires: Paidós, 1991), Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004), Pierre Nora, *Les lieux de memoire* (Montevideo: Trilce, 2008), Paolo Rossi, *El pasado, la memoria, el olvido* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2003), Joël Candau, *Memoria e identidad* (Buenos Aires: Ediciones Del Sol, 2001) y Joël Candau, *Antropología de la memoria* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2002).

ensamblar en rasgos y signos de identidad los recuerdos que individuos y comunidades se ocupan de hilar. Es un entramado complejo que puede repartirse en reminiscencias y prácticas sociales como las “devociones populares” o incluso brotar desde experiencias que se instalan en la memoria personal, en los recuerdos de familia. Sin embargo, ninguna de estas formas de recordar está exenta de la otra. Por el contrario, son permeables y complementarias como podrá verse en las obras que he escogido examinar, poniendo énfasis en el tratamiento de relatos memoriosos en diversos sentidos.

He tomado dos de los libros María Rosa Lojo, una de las escritoras argentinas contemporáneas más prolífica por sus ensayos, poesía y ficciones.<sup>2</sup> Ambos relatos más allá de sus notables diferencias, giran en torno a la formación de la identidad personal y la colectiva. Estos libros son *Cuerpos resplandecientes* (Buenos Aires, 2007) publicado como ficciones a modo de vidas de santos, y *Árbol de familia* (Buenos Aires, 2010) editado bajo la forma de novela. En ambos casos, las ficciones se construyen de manera disímil, pero apelando siempre a la búsqueda de rasgos identitarios: aquellos de la memoria comunitaria en el libro relacionado con las devociones populares y a los de la memoria individual en la novela de matiz autobiográfico y genealógico. En *Cuerpos resplandecientes* los relatos fluyen desde marcos históricos más que desde los personajes principales cuyos temas aluden a santas y santos populares argentinos. No son ellas ni ellos los protagonistas de las narraciones, sino los ejes sobre los que se organizan las acciones de múltiples personajes ficticios que experimentan sus propias historias en estrecha relación con las circunstancias que dieron nacimiento o consolidaron las devociones retratadas. La memoria colectiva enmarca

---

<sup>2</sup> Entre sus novelas más conocidas: *La Pasión de los Nómades* (Buenos Aires: Atlántida, 1994). *La Princesa Federal* (Buenos Aires: Planeta, 1988, 4<sup>a</sup> ed. Buenos Aires: El Ateneo, 2010). *Una mujer de fin de siglo* (Buenos Aires: Planeta, 2000, 2<sup>a</sup> ed.), con edición académica de Malva E. Filer (USA: Stockero, 2007). *Las libres del Sur* (Buenos Aires: Sudamericana, 2004). *Finisterre* (Buenos Aires: Sudamericana, 2005, Sudamericana de Bolsillo, 2011). *Árbol de Familia* (Buenos Aires: Sudamericana, 2010). De sus libros de cuentos: *Historias Ocultas de la Recoleta* (Buenos Aires: Extra Alfaguara, 2000). *Amores insólitos de nuestra historia* (Buenos Aires: Alfaguara, 2001). *Cuerpos Resplandecientes. Santos Populares Argentinos* (Buenos Aires: Sudamericana, 2007). *Bosque de Ojos* junto a Leonor Beuter (Imágenes) (Buenos Aires: Sudamericana, 2011). De su obra poética: *Esperan la mañana verde* (Buenos Aires: El Francotirador Ediciones, 1998). Dos de sus obras han sido traducidas al gallego—como se verá más adelante—pero se han publicado traducciones de varias novelas, cuentos y poesía en inglés, italiano, francés y tailandés. Ver en <http://www.mariarosalajo.com.ar/> (Consultado 11/11/2011).

las experiencias y actos de los recuerdos individuales que al ser narradas devienen en memoria comunitaria. O como se pregunta Lojo en el ensayo previo a sus cuentos ameritan ser consideradas “¿superstición y atraso, o patrimonio cultural y resistencia identitaria?”<sup>3</sup>

En cambio, los personajes de *Árbol de familia* nacen de la genealogía sanguínea de la autora para dar cuenta de la identidad heredada de padre y madre españoles que, exiliados de su tierra natal, construyen su nueva familia compatibilizando con las costumbres de un país que identificará a sus hijos con tradiciones diferentes a las de su origen.

Me he propuesto rastrear en ambos libros, las estrategias y formas de discurso que transitan por los recuerdos, y observar cómo las intersecciones de la memoria se manifiestan desde lo autobiográfico en *Árbol de familia* poniendo énfasis en la selección de testimonios menos familiares, aunque no por ello, ajenos a la construcción de identidad en los relatos de *Cuerpos resplandecientes*. En ambos casos se elaboran estrategias narrativas que se empapan de una identidad compartida, en principio, por argentinas y argentinos, en algunos casos desde el plano personal y familiar, y otros, desde lo comunitario y nacional.

Todas las personas *santificadas* a las que se refieren en la obra de Lojo corresponden a personajes venerados masivamente en distintos puntos de Argentina en un largo período, el que abarca desde mediados del siglo XIX hasta fines del XX, tal como se plantea en la *Cronología final*.<sup>4</sup> La autora explica que llega a las devociones populares a partir de su inclinación por explicar la literatura nacional y más precisamente por su interés en la construcción literaria del imaginario argentino:

Las naciones [...] no se definen sólo por lo institucional y formal, sino por su historia común, sus utopías colectivas, por la cultura viva que permanentemente se va actualizando y resignificando, que cohesiona a los miembros de la comunidad en un pacto de compartidos valores, memorias y creencias. Una parte, no menor, de esa cultura, de ese pacto, la constituyen las devociones que son materia de estos relatos.<sup>5</sup>

Las prácticas sociales, en particular las prácticas religiosas que a lo largo de dos siglos estuvieron y están aún en vigencia en distintos

---

<sup>3</sup> María Rosa Lojo *Cuerpos resplandecientes* (Buenos Aires: Sudamericana, 2007), 13.

<sup>4</sup> Ídem, 207-208.

<sup>5</sup> Ídem, 21.

puntos del territorio argentino, son recurso para sus relatos. Por eso, el análisis de estas ficciones permite dar cuenta de memorias compartidas, de creencias construidas desde lo cotidiano mediante actividades comunitarias usuales en cada una de las regiones en las que se veneraron y aún se adoran a las personas que fueron santificados por consenso popular, fuera de las reglas eclesiales, a excepción de Ceferino Namuncurá, quien recibió la beatificación de la iglesia católica en julio de 2007.<sup>6</sup>

### *Narración de la memoria colectiva*

La autora de *Cuerpos resplandecientes* crea sus relatos contextualizándolos en la cultura popular y en el ámbito nacional argentino. El historiador francés Jacques Revel en su revisión sobre el concepto de cultura popular, propone como una de sus limitaciones el hecho de que ella siempre refiere a “experiencias históricas e historiográficas nacionales”,<sup>7</sup> aunque el término a menudo haya sido planteado con visos de generalidad, sin fronteras políticas. La selección de las devociones que Lojo realiza tiene que ver con esas experiencias nacionales y el sentido religioso de la temática, aunque en su mayor parte basada en el catolicismo, tiene el carácter de experiencia humana que plantea Revel.

Los lugares y sitios que la autora propone dan cuenta de esa condición. “El hijo perdido” transcurre en las cercanías de Jáchal (San Juan) donde, según la tradición, hallaron el cuerpo inerte de la *Difunta Correa*.<sup>8</sup> En “Una madre rota” las escenas se desenvuelven en San Salvador de Jujuy, en el norte del país, pero la responsabilidad en los crímenes cometidos por Condorí, llevó al protagonista a cumplir su condena en el extremo sur, en la apartada cárcel de Ushuaia.<sup>9</sup> El

---

<sup>6</sup> “[El Papa declaró beato a Ceferino Namuncurá](#)” Clarín, Buenos Aires, 6 de julio de 2007. (Consultado 15/05/2011). “Ceferino, el beato” Página 12, Buenos Aires, 10 de noviembre de 2007.

<sup>7</sup> Jacques Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social* (Buenos Aires: Manantial, 2005), 103.

<sup>8</sup> Se conoce como Difunta Correa a Deolinda Correa, que fue hallada muerta, en el camino de las tropas de arrieros, en la provincia de San Juan. Su hijo de pocos meses aún estaba vivo, amamantándose. Esto ocurrió alrededor de 1830-1840. Fue enterrada en un paraje llamado actualmente Vallecito, donde se hizo tradición peregrinar. La devoción está extendida por todo el país y en los santuarios dedicados a la memoria de la Difunta Correa, se estila dejar agua para que ella aplaque su sed.

<sup>9</sup> Visitación Sivila de Salazar fue hallada muerta en la espesura de un monte, en Jujuy, en 1906. Se la llama “Almita Sivila” y su santuario se halla en

afamado gauchito Gil, del cuento “Gaicho con trenzas de sangre”, transita milagrero los palmares y esteros de litoral, los de la húmeda Corrientes mitad criolla y mitad guaraníca.<sup>10</sup> Mientras que los *anchimallenes*, las matas blancas e iluminadas que desparrama “la mujer del sol”, que encantan y protegen a Pedro Farías “el maruchito” entre los matorrales duros de la meseta patagónica o entre los nevados piedemontes de la cordillera, en las caravanas que nunca abandonan las tierras áridas del sur, dibujan los escenarios de “La música materna del universo”.<sup>11</sup> La Telesita del cuento “La que arde en los bailes” recorre los montes y poblados santiagueños haciendo danzar, beber y festejar a sus promesantes.<sup>12</sup> También desde San Juan y hasta las serranías cordobesas, “La vida eterna de Santos Guayama” reúne al gaicho santificado con su amigo el cura Brochero.<sup>13</sup> En cambio, “El sueño de Ceferino Namuncurá” se desarrolla en el Vaticano, en Roma, pero las ensoñaciones llevan al joven moribundo a los valles australes, al lago Aluminé, desde donde cabalga su caballo moro para vigilar el lecho de

---

el cementerio de Jujuy, donde fue sepultada. Había sido asaltada y asesinada por Leonardo Condori, un hombre analfabeto que también la violó y descuartizó, para ingerir algunos trozos de su carne. Fue condenado a cadena perpetua en la cárcel de Tierra del Fuego, pero su condena no se completó allí, ya que fue liberado en la ancianidad.

<sup>10</sup> Antonio Mamerto Gil Núñez o el Gauchito Gil es uno de los santos populares más conocidos de la Argentina. Su devoción lleva a miles de peregrinos, cada 8 de enero hasta las cercanías de Mercedes (Corrientes). Según la leyenda, en 1878, murió degollado en manos de fuerzas policiales que le dieron captura, por considerarlo un desertor a la leva militar señala una versión, y otra dice que comandaba a un grupo de saqueadores que iban de pueblo en pueblo robando a los ricos para repartirlo entre los pobres. Es frecuente que pequeños santuarios identificados con cintas rojas se hallen diseminados a la vera de rutas, en su homenaje.

<sup>11</sup> Pedro Farías (1907-1919), uno de tantos maruchos o niños paisanos que recorrían junto a los troperos los caminos al norte de la Patagonia, fue acuchillado por su capataz por desobediencia. Sólo tenía 12 años cuando murió. En el sitio donde fue enterrado, los carreros levantaron una ermita que años después los peregrinos convirtieron en santuario.

<sup>12</sup> Telésfora Castillo, o Coria, conocida en la provincia de Santiago del Estero por sus habilidades en la danza, murió quemada siendo muy joven, en el último cuarto del siglo XIX.

<sup>13</sup> José de los Santos Guayama, un gaicho que habitó la provincia de San Juan, encabezó una rebelión popular conocida como la de “los laguneros de Guanacache”, después de la cual se convirtió en bandolero, robando para distribuirlo entre la gente pobre. Se le atribuyen nueve distintas muertes, de las cuales la única precisa es su fusilamiento en 1879.

José Gabriel del Rosario Brochero (1840-1914) fue un sacerdote católico nacido en la provincia de Córdoba donde actuó como religioso en una zona inhóspita conocida como Traslasierra. Allí organizó el camino de altas cumbres y una casa de ejercicios espirituales. Se lo conoce como el “cura gaicho” y fue declarado “Venerable” por el papa Juan Pablo II en el 2004.

muerte.<sup>14</sup> “Mi cruzada contra la superstición” se despliega en un ámbito urbano, en el que la casa de la Madre María se vuelve templo, para continuar con la prédica que Pancho Sierra había hecho en la estancia El Porvenir, situada en el corazón de la pampa triguera, lugar de peregrinación ineludible para quienes buscaban alivio a sus males.<sup>15</sup> El protagonista sin nombre propio de “Cuando esperábamos que se acabara el mundo” obnubilado ante la apostura del rubio Vairoletto y de su doctrina evangélica y anarquista, seducido por su nomadismo y osadía para enfrentar injusticias, recorre a caballo leguas y leguas de llanos y sierras para encontrar su destino de maestro rural.<sup>16</sup> Y concluye con el transformista Miguel de “Reinas de la noche” en el mundo noctámbulo de los cabarets en los que él concibe fantásticas mujeres y en el de la bailanta a la que asiste con su pequeño hijo para rozar en “el océano de la música”, algún gesto protector de Gilda, quien como sirena bamboleante rezuma alivio y, a veces, remedio entre quienes se le acercan.<sup>17</sup>

En suma, si se siguen los derroteros de santas y santos populares de la Argentina, se recorrerán senderos y caminos que unen los paisajes más diversos del país. Los relatos están cargados de remembranzas posibles de protagonistas y allegados que, lejos de una pretendida verdad histórica, “juegan con la conjetura y la sorpresa”<sup>18</sup> permitiendo imaginario ficcional. Sin embargo, en ellos hay una construcción

---

<sup>14</sup> Ceferino Namuncurá (1866-1904) fue un joven aspirante al sacerdocio, de origen mapuche. Educado por los salesianos que misionaban en Patagonia, primero vivió en Buenos Aires y luego en Turín (Italia). Enfermo de tuberculosis, falleció en Roma a los 18 años. Fue beatificado en 2007.

<sup>15</sup> María Salomé Loredo y Otaola (1854-1928) fue una española que vivió en Argentina, desde los 14 años. Fue conocida como “Madre María”, después de ser curada milagrosamente por Pancho Sierra transformó su casa en una especie de templo en el que asistía a todo tipo de peregrinos. Francisco Sierra (1831-1891) conocido también como “Pancho Sierra” o el “gaucho de Dios”, amparado en la fe católica, se dedicó a “curar” y predicar sus palabras “sanadoras” en la estancia que había pertenecido a su familia.

<sup>16</sup> Juan Bautista Vairoletto (1894-1941) fue un conocido bandido rural apodado “Robin Hood criollo” que actuó mayormente en la región centro-oeste del país, admirado por la población más pobre por sus acciones ilegales. Se pegó un tiro cuando iba a ser apresado por la policía, en la provincia de Mendoza.

<sup>17</sup> Miriam Alejandra Bianchi (1961-1996) fue una compositora y cantante de cumbia y música tropical que se presentaba bajo el nombre artístico de “Gilda”. Primero actuó en una banda de música tropical y luego hizo carrera como solista. En pocos años alcanzó un notable éxito que la llevó a recorrer el país en giras artísticas. En una de ellas, ocurrió el accidente de tránsito en el que falleció. Desde entonces, el sitio (km 192 de la ruta 12, en la provincia de Entre Ríos) ostenta un santuario.

<sup>18</sup> Lojo, *Cuerpos resplandecientes*, 23.

permanente de “lugares de memoria”<sup>19</sup>, tal como los define Pierre Nora. Indicios de lo sucedido en otra época, reflejos de memorias que aparecen en el contexto comunitario del recuerdo, se distinguen de la historia justamente por ser símbolos del pasado que no han sido fijados por la historiografía de manera unidireccional, con pretensión de memoria colectiva.

Testimonios de múltiples memorias, los relatos de *Cuerpos resplandecientes* ocurren como rememoraciones y fábulas transmitidas de boca en boca, más que como una reconstrucción historiográfica. Se observa así la distinción de transmisiones identitarias que Joël Candau encuentra entre la transmisión histórica y la transmisión memorialista: una intenta dilucidar o explicar el pasado, mientras que la otra sirve como molde. Así lo aclara en *Memoria e identidad*:

Si la historia tiende a aclarar lo mejor posible el pasado, la memoria busca más bien instaurarlo, instauración que es inmanente a la memorización *en acto*. La historia busca revelar las formas del pasado, la memoria las modela, un poco como lo hace la tradición. La primera se preocupa por poner en orden: la segunda está atravesada por el desorden de la pasión, de las emociones y de los afectos. La historia puede venir a legitimar, pero la memoria es fundadora. La historia se esfuerza por poner el pasado a distancia; la memoria busca fusionarse con él. (Remarcado en el original).<sup>20</sup>

Las ficciones de María Rosa Lojo se ubican en el campo de la transmisión memorialista, que permite la multiplicación de memorias y propagación de emociones e identidades que difieren de la construcción de una identidad común. Estos recuerdos, sin embargo, se activan en sociedad, cuando las personas pueden completarlos junto a quienes los comparten.

La memoria individual de misia Pilar en el primer relato de *Cuerpos resplandecientes*, destinado a la Difunta Correa, se remonta veinte años al momento en que arropó a su hijo por primera vez, cuando: “El niño nacía de nuevo entre esas manos, las tuyas, que le borraban toda huella de tierra y sufrimiento, toda memoria ajena”,<sup>21</sup> esa memoria que en el oratorio está junto a la tumba, reaviva la memoria comunitaria, construida a partir de los arrieros que tomaron al niño aún vivo que sorbía la leche de su madre muerta, la de los lugareños que año

---

<sup>19</sup> Nora, *Les lieux de memoire*, 33.

<sup>20</sup> Candau, *Memoria e identidad*, 127.

<sup>21</sup> Lojo, *Cuerpos resplandecientes*, 39.

a año diseminaron y mitificaron la historia hasta santificarla. La madre adoptiva de Eugenio recuerda su propia historia cuando se conecta con la de Deolinda Correa, su madre biológica en la ficción.

La memoria individual, que bucea en los afectos y se alimenta de ellos, también son el paño del segundo cuento del libro sobre santos populares. En este caso, los recuerdos del criminal van y vienen. “En cuarenta años, Condorí ha recordado poco sus crímenes [...] Ahora, de vuelta en el lugar donde le sucedieron las desgracias, ve mansamente cómo desfilan por el fondo de sus ojos—casi en la puerta de atrás que precede al sueño—imágenes inexplicables”.<sup>22</sup> En ellas aparecen detalles macabros de las muertes al mismo tiempo que desaparece el desaprensivo acuchillador quien, al cabo de cuatro décadas, no es más que uno de los fieles que busca la redención que Visitación Sivila, una de sus jóvenes víctimas luego santificada, concede a quienes pasan por su tumba.

En cambio, el eco de la memoria individual de Engracia, la interlocutora del gauchito Gil en el tercer cuento, asoma en el diálogo que la mujer mantiene con el muchacho, o más bien con el fantasma del muchacho, sobre los amores que él habría derramado en suelo correntino. Mucho después, Engracia le exhortará a Speroni —el dueño de las tierras en las cuales el gaucho halló el degüello en manos de los milicos— sembrar un *lugar de memoria*. La memoria individual fluye así hacia una conexión de memorias diversas que construyen imágenes múltiples: la de un gaucho desertor para los liberales, la de un soldado valiente en la Guerra del Paraguay para los paisanos, la de amansador de males ajenos entre guerreros, la de cuatrero para los milicos, y la de hijo de Dios, santón y milagrero para las mujeres y varones de su tierra. Multifacéticas memorias que se aúnan año a año en el santuario construido por Speroni para que cada evocación, al fin, ocurra en el mismo sitio en el que el primer milagro. “Un círculo encantado de luces y sonidos se formaba entonces en torno a la tumba sencilla, que aún conservaba una cruz: la que le había puesto el primer beneficiario de sus milagros, que resultó ser el propio verdugo”.<sup>23</sup>

Es la memoria ancestral, la de la tierra madre, la que bulle en la mente de Pedro Farías, el marucho, cuando acampa el arreo de bueyes,

---

<sup>22</sup> Ídem, 55.

<sup>23</sup> Ídem, 80.



mulas o caballos, y el adolescente entre troperos tan hijos de la tierra como él, se ocupa de recuas y recados. “Con Lienlaf, Pedro recuperaba una lengua perdida pero no olvidada: pequeños ritos de la mañana, mientras la madre encendía el fuego y convocaba a los espíritus propiciatorios; ramas de ajeno, colocadas en las aberturas de la casa para espantar el mal que llega con los sueños y las cabezas que vuelan sembrando pesadillas, disfrazadas de lechuzas; o las rogativas para pedir un buen año o para que las araucarias o *pehuenes* siguieran dando piñones”.<sup>24</sup> La misma memoria que llevara al *principe Namuncurá Zeffirino* hasta la lengua de su madre, también desde el sur argentino. Cuando el hijo de Benjamín Victorica lo acompaña en el hospital, en Italia, Ceferino en su lecho de muerte le refiere que un caballo moro, manchado de blanco en la frente, lo visita a menudo para aliviarle los dolores: “Me apoya la nariz contra el pecho, para que pase el dolor, y me lame las manos. Luego se echa de costado, y bebe agua muy mansa y fina que cae del cielo. Yo le canto hasta que nos quedamos dormidos, en la lengua que me cantaban mis hermanas y mis tías, y mi madre, a veces”.<sup>25</sup> Es la memoria personal de la infancia que retorna en la ensoñación del joven enfermo, que viaja hasta los valles sureños donde se catapulta la lengua aborígen, la de su comunidad, por encima de cualquier otro recuerdo posterior del joven: los de su vida urbana, los de su vida italiana.

Testimonio de otras memorias son la libreta donde una mano varonil esboza una figura femenina que danza y la mano del doctor Teófilo Rosas, (indudable *avatar* del escritor Ricardo Rojas, autor de “La Telesita”).<sup>26</sup> En su recordación personal está el registro de la noche anterior, del baile en medio del monte, que aún las evocaciones dispersas en el pago santiagueño sobre la joven alegre a quien cada promesante figurará de modo proporcionado a sus sentimientos y necesidades, de las que se sabe a ciencia cierta que “bailaba, eso sí. No se perdía una fiesta”.<sup>27</sup>

---

<sup>24</sup> Ídem, 93.

<sup>25</sup> Ídem, 144.

<sup>26</sup> Ricardo Rojas “La Telesita” en *El país de la selva* (Buenos Aires: Hachette, 1956). La intertextualidad con este escritor está presente en un “error” tipográfico en la página 109 de *Cuerpos resplandecientes*, en la que aparece “Rojas” por “Rosas”.

<sup>27</sup> Lojo, *Cuerpos resplandecientes*, 109.

Es la memoria de la vida terrena de José de los Santos Guayama dictada al oído avejentado del Cura Brochero que condensa las voces laguneras, de “los más pobres entre los pobres” a quienes Guayama protegía con “los dineros y las armas y el ganado mal habido”.<sup>28</sup> Ensoñaciones que el sacerdote deja fluir entremezcladas con sus propios trajines por tierras serranas a lomo de mula, por cierto, aventuras menos violentas que las del último coronel montonero defensor de los huarpes, aunque repletas de remembranzas del paisanaje que habita valles y quebradas.

Evocación de la vida propia, cuando el perseguidor de curanderos trae a su memoria la peregrinación hecha en compañía de su madre hasta la estancia El Porvenir, donde Pancho Sierra esperaba a sus fieles y, después, la remembranza de los años en los que su trabajo de inquisidor lo llevaron a investigar a la Madre María, en el corazón mismo de la capital. Memoria personal muy particular, la del pesquisante que se expresa precisamente en una sesión de espiritismo, mucho después de que quienes protagonizaron tantos alivios de cuerpo y alma hubiesen muerto, incluido él mismo, que se manifiesta nostálgico cuando recuerda lo absurdo de sus inquinas contra ambos curadores.

El adolescente que se enamora de Vairoleto (un *Robin Hood* de las pampas) se vuelve memorioso sobre “los mejores días”<sup>29</sup> de su vida, con recuerdos íntimos y que transportan al vasto mundo rural de los años treinta, donde la presencia del predicador Juan Chiappa junto a la del famoso bandolero, le hacen suponer al muchacho un mundo promisorio, mucho más satisfactorio que el de sus días en la chacra materna, donde una madre solitaria añora que él retome sus estudios para recibirse de maestro. El relato en primera persona, como muchos de los cuentos ya referidos, vuelve a ser sostén de otras evocaciones, indudablemente transmitidas de manera oral, ya que salvo el protagonista de la historia y de otros personajes, quienes escuchaban la prédica de la llegada del fin del mundo “eran casi siempre hombres iletrados. Peones criollos, algún indio, gringos hijos de familias numerosas que apenas sabían firmar con los pulgares”.<sup>30</sup>

---

<sup>28</sup> Ídem, 125-126.

<sup>29</sup> Ídem, 171.

<sup>30</sup> Ídem, 172.

La memoria personal, usada con frecuencia en los cuentos de Lojo, lleva a la madre de Miguel el transformista hasta su juventud como Reina de la Noche, de espectáculos y giras, hasta su voz de soprano perdida por la enfermedad que no la dejó seguir cantando. En cambio, en la curación de la otra grave dolencia, la que afecta a su nieto, se clarifican miles de memorias sobre Gilda, multifacéticas y en su mayoría, más peregrinas que fanáticas de su música. El artista, también *cow girl* o sirena, que casi siempre reina en cabarets y clubes nocturnos, sabedor de las desventuras tras bambalinas, recuerda sus dedos sanadores rozando la frente de su hijo. No sabe—nadie puede saberlo—si se le recordará “por su voz melodiosa y sencilla o por los poderes curativos que se le adjudicaban en vida, y que parecen haberse multiplicado después de su muerte”.<sup>31</sup>

Puede apreciarse en la mayoría de estos cuentos, que la memoria comunitaria se cuela en las memorias subjetivas de los personajes. Aunque la memoria se cimiente en recuerdos familiares, en reminiscencias infantiles o en vínculos parentales, la memoria colectiva es la que se construye con más fuerza. Como la memoria propia, la familiar, tiene su anclaje en la vida cotidiana, en las huellas tangibles de la vida doméstica, en las evocaciones individuales de quienes protagonizan el relato, las que no son meras alucinaciones o confusiones sobre el pasado, sino que también dan cuenta de las acciones y experiencias compartidas en sociedad.

En los relatos de *Cuerpos resplandecientes* se capta la memoria colectiva como Roger Bastide la define desde un “sistema de interrelaciones de memorias individuales”, según cita Candau,<sup>32</sup> de un modo más claro que el de Halbwachs quien suponía que las memorias se unificaban en un mismo pensamiento social. Para Candau es más útil proponer la noción de “marcos sociales de la memoria”<sup>33</sup> como pilares de memorización, sean individual o colectiva. Así, as imágenes complementarias y recíprocas de diversos y, a veces disímiles recuerdos personales, se regulan en la dimensión colectiva.<sup>34</sup>

---

<sup>31</sup> Ídem, 204.

<sup>32</sup> Candau, *Antropología de la Memoria*, 66.

<sup>33</sup> Ídem, 65.

<sup>34</sup> “En un momento o en otro, la memoria individual necesita el eco de la memoria de los otros [...] Desde esta perspectiva, la memoria individual siempre tiene una dimensión colectiva, ya que la significación de los acontecimientos memorizados por el sujeto se mide siempre por la vara de su

Casi en la totalidad de los cuentos de *Cuerpos resplandecientes*, el relato autobiográfico de los personajes está presente como eje narrativo. La identidad que revelan las muchachas y los jóvenes, las ancianas, los viejos y aún niñas y niños, mujeres y varones actuantes en las historias, remiten a su origen familiar, a su infancia o juventud, contando desde lo íntimo su vida, hurgando en recuerdos de sus propias experiencias. Aunque sus identidades se vuelven genéricas en cada uno de los lugares de memoria donde se reconstruyen los relatos, estos no intentan reconstruir sus genealogías o linajes ya que se diluyen en una presencia colectiva, más comunitaria que lo que aparece como marca identitaria en la novela *Árbol de familia*. Por otra parte, estos cuentos sostienen las características que Lojo identifica en la novela histórica contemporánea, al menos en Argentina, ya que “pasan a la posición más visible las minorías étnicas, la voz de los subalternos (por razones de clase y también de género)”.<sup>35</sup>

#### *Memoria e identidad*

Al contrario de la conjunción de las múltiples memorias individuales, la memoria genealógica y familiar, permiten estrechar los vínculos entre memoria e identidad. En su novela *Árbol de familia* María Rosa Lojo modela su “yo autobiográfico” apelando a su linaje. En el inicio de la novela, en una enumeración introductoria que no posee título alguno, ella repasa sus raíces genealógicas: “Soy la bisnieta de la hechizada, y [...] del armador de dornas”. Agrega de inmediato, “Soy la nieta de Ramón, quizás buen músico pero mal campesino”, y después “soy la nieta de Rosa”, “soy la sobrina de Rafaeliño”, *soy hija remota*, *soy hija inmediata* y en cada *soy* remarca la filiación que le corresponde con una o uno de los “personajes” de su novela, describiéndolos y distinguiéndolos apenas consigue establecer el parentesco. Los

---

cultura. Así, alguien que “trasmite la memoria” puede verse investido de prestigio por el grupo cuando lo que recuerda está valorizado (es el que sabe) o, por el contrario, puede ser estigmatizado cuando la imagen del pasado que emite es rechazada por la sociedad (se convierte en aquel del que no se quiere saber nada)”. Idem, 67.

<sup>35</sup> María Rosa Lojo “La novela histórica desde 1980: héroes con cuerpo, heroínas en el espacio público”. En María Rosa Lojo y Michèle Soriano dirs. *Identidad y narración en carne viva. Cuerpo, género y espacio en la novela argentina (1980-2010)*, María Rosa Lojo y María Laura Pérez Gras eds. (Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador. Convenio Univ. del Salvador y Univ. de Toulouse II–Le Mirail, 2010: 161-208). Disponible en <http://www.mariarosalajo.com.ar/dela/index.htm> (Consultado el 11/11/2011).

calificativos que otorga a cada quien se convertirán en sendos títulos de los capítulos que conforman la novela.

Hablar de linaje paterno, primero, y del materno después, lleva a Lojo a reconstruir la progenie que se anuda en ella: “Vengo de ésas, de éstos, como quien viene de tantos lugares”.<sup>36</sup> *Árbol de familia* en su totalidad recorre la genealogía familiar, directa e indirecta de Lojo, padres, abuelos, bisabuelos, donde María Rosa abreva su identidad a partir de: “historias quemadas a medias, en un rapto de vergüenza, como si fuesen papeles inconfesables, esas historias son como el tesoro perdido en un mar pirata y voy buscándolas sin brújula, con un mapa incompleto y ambicioso”.<sup>37</sup> La búsqueda genealógica de Lojo aparece inscrita en la definición de genealogía que Candau propone en sus conclusiones sobre memoria genealógica y familiar: como desvelo por las raíces.<sup>38</sup> Es la construcción del *yo autobiográfico* mediante la saga familiar ficcionalizada. La narración se despliega a través del rescate de sus parientes y así funda su identidad en una novela que debe ser leída como una “autorrestauración” propuesta por la autora, no como un sistema de verdades acerca de la totalidad de su vida. Como señala Paul de Man, “las autobiografías, a través de su insistencia temática en el sujeto, en el nombre propio, la memoria, el nacimiento, el eros y la muerte, y en la doblez de la especularidad, declaran abiertamente su constitución cognitiva y tropológica, pero se muestran también ansiosas de escapar a las coerciones impuestas por ese sistema”.<sup>39</sup>

*Árbol de familia* se constituye claramente en lo que Philippe Lejeune denomina “espacio autobiográfico”. Lejeune identifica este tropo en textos de distintas categorías: autobiografías, novelas, memorias y señala que su lectura implica aceptar lo que él mismo define como “contrato implícito o explícito propuesto por el *autor* al *lector*, contrato que determina el modo de lectura del texto y que engendra los efectos que, atribuidos al texto, nos parecen que los definen como

---

<sup>36</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 13.

<sup>37</sup> Ídem.

<sup>38</sup> Anota Candau: “La genealogía pudo ser definida como una “búsqueda obsesiva de identidad”, tanto más vigorosa cuanto más tienen las personas de haber sido alejadas de sus “raíces”. (El concepto proviene de Sylvie Maurer y Colette Méchin, “Histoire locale et généalogies: les deux mémoires” en D. Fabre (dir.) *Par écrit. Ethnologie des écritures quotidiennes*, París: Éditions de la Maison des sciences de l’homme, 1997, 392). Ver Candau, *Memoria e identidad*, 126.

<sup>39</sup> Paul De Man, “La autobiografía como desfiguración” *Suplementos Anthropos* n° 29, Barcelona (diciembre 1991): 114.

autobiográficos”.<sup>40</sup> Este es precisamente el propósito de esta novela: el decir/se *yo* de la autora.

Las sustituciones tropológicas que ofrece María Rosa Lojo también llevan a leer en la novela *Árbol de familia* la autofiguración de una escritora que abreva en el *exilio* vivido por sus ancestros. Su padre Antón, de origen gallego, le legó desde su infancia en las laderas de Barbanza su “Paraíso Perdido”: “Un lugar que antaño había resultado limitado y pequeño para el adolescente ansioso por ver y conquistar la gran ciudad, una aldea de infancia sumida entre montañas, iba a convertirse, años más tarde, en el Centro del Universo”.<sup>41</sup> El mundo de lo arcaico que la autora conoce después de la muerte de su padre, la atrapa del mismo modo en que él lo había estado durante los años de exilio. Herencia paterna que sobrepasa con creces al legado *citadino* de su madre madrileña, también exiliada en las tierras allende el océano. En la novela de Lojo se cuela a menudo, la voz de un padre que transmitió no sólo el patrimonio familiar sino toda la magia ancestral del pueblo gallego, como si la propia autobiografía de la autora abarcara también la de su padre.

Junto a Magdalena Maiz-Peña, que en su análisis de *Las genealogías* de Margo Glantz identifica en la cesión de la voz que la autora hace a otros personajes (padre, madre, hermana) la búsqueda “singular” de su voz, puede señalarse que en *Árbol de familia*, María Rosa Lojo también “replantea una política de identidad singular”. Glantz, continúa diciendo Maiz-Peña, en las otras voces “se entrega a la búsqueda de sí misma, de su origen, de su identidad, de su ser y estar entre dos culturas: la judía y la mexicana”.<sup>42</sup> De la misma forma esto sucede en la voz que Lojo se prohija y se prodiga entre Galicia y la Pampa, entre la cultura gallega y la argentina en una fusión singular, y que ella define en una entrevista: “Creo que como ninguna otra de mis obras, ésta se basa en la transmisión oral de muchos relatos, en los

---

<sup>40</sup> Philippe Lejeune, *El pacto autobiográfico y otros estudios* (Madrid: Megazul-Endymion, 1986), 86.

<sup>41</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 99-100.

<sup>42</sup> Magdalena Maiz-Peña, “Sujeto, género y representación autobiográfica: *Las Genealogías* de Margo Glantz”, 1995. Disponible en <http://lanic.utexas.edu/project/lasa95/maiz.html> (Consultado el 22/12/2010).

recuerdos que otros trazaron y trenzaron y que se funden con los míos, en un proceso que es ante todo imaginativo y lírico”.<sup>43</sup>

La escritura de *Árbol de familia* la sitúa en esa identidad enraizada en España y Argentina, como a muchos descendientes de linajes trasplantados. En un reportaje de *La Nación* que acompañó la publicación del libro, Lojo señalaba que sintió “como si un coro de voces ajenas se hubiese instalado en mí por un prodigio de ventriloquia”.<sup>44</sup> La escritura de la novela no hizo más que oír las para que apareciesen en los textos “la escucha y la invención: lo que había sido se mezclaba con lo que pudo ser, las vidas reales eran imaginarias y las imaginarias, reales”.<sup>45</sup>

En esta ficción la identidad de la escritora se lee de continuo en los personajes, en las metáforas y en los poemas que incluye. “Las ficciones de la autobiografía están siempre mediadas por una identidad histórica con intenciones—si no pretensiones—específicas de interpretar el significado de su experiencia vivida”<sup>46</sup>, plantea Sidonie Smith en su análisis de la *poética de la autobiografía de mujeres*. Esta en *Árbol de familia* se sumerge también en el “exilio heredado”,<sup>47</sup> figura definida y estudiada por Marcela Crespo Buiturón en distintos textos de Lojo, particularmente en *Mínima autobiografía de una “exiliada hija”*, texto entonces inédito. En él se anticipa a *Árbol de familia* a juzgar por las similitudes de muchas de las citas que repone Crespo para explicar la “identidad” construida por Lojo: por herencia española y por experiencia argentina, fragmentada entre dos lugares que se parecen poco aunque una lengua similar permita llamar a las cosas de manera semejante.

La autora estructura la novela en dos partes. La primera, titulada “Terra Pai”, dedicada a la rama paterna, y la segunda llamada “Lengua

---

<sup>43</sup> Andrés Cáceres, “María Rosa Lojo: “Somos un país con muchas identidades” Mendoza: *Los Andes*, sábado, 17 de abril de 2010.

<sup>44</sup> María Rosa Lojo, “Memorias al calor de la cocina”, Buenos Aires: *La Nación*, sábado 20 de marzo de 2010.

<sup>45</sup> Ídem.

<sup>46</sup> Sidonie Smith, “Hacia una poética de la autobiografía de mujeres”, *Suplementos Anthropos* n° 29, Barcelona (diciembre 1991): 97.

<sup>47</sup> Marcela Crespo Buiturón, “Andar por los bordes. Entre la Historia y la Ficción: El exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo” Tesis Doctoral. Universidad de Lleida: Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica. Disponible en <http://www.tesisenxarxa.net/TESISUdL/AVAILABLE/TDX-0714110-170228//Tmcb1de1.pdf> (Consultado el 28/12/2010).

Madre” centrada en la imagen materna, pero sobre todo, en la vida argentina del matrimonio.

La infancia del padre en Galicia es recordada con cierta nostalgia: “En el otro mundo—que era el real—, del otro lado del mar Antón, el rojo, había sido un niño movedido y ávido de innovaciones”.<sup>48</sup> Distintas anécdotas se presentan en el relato como muestra de una identidad con la *terra pai*, una infancia de “felicidad inimitable” sobre la que María Rosa especula:

Aun en aquellos momentos, todavía rebosante de salud, de fortaleza, de proyectos y hasta de buena fortuna, Antón se obstinaba en situar en ese pasado remoto y pobre el centro de su existencia y el irrecuperable lugar de la perfección. Aquellas cosas añoradas estaban embellecidas por una distancia imposible de acortar: la del exilio. Se habían vuelto intocables, a la vez ofrecidas y selladas tras el cristal más puro del deseo. Tardé en entenderlo: mi padre había traído con él su Paraíso Perdido.<sup>49</sup>

La adolescencia, ya no gallega sino española, de un Antón para quien el servicio militar y la guerra civil fueron “la escuela que no había tenido”<sup>50</sup> y las rutas españolas, “los señaladores dentro de un gran libro”,<sup>51</sup> también es reflejada por Lojo en varias oportunidades. En cambio, los datos relativos a la niña Ana se aprietan en pocas líneas que se generalizan en la infancia urbana madrileña, más claramente “en las calles viejas del Madrid de Galdós”.<sup>52</sup> La autora destaca la belleza de su madre cada vez que la retrata, conservada desde la adolescencia hasta la “explosión”,<sup>53</sup> ocurrida tiempo después de la muerte de doña Julia aunque recalca implacable —y lo hace reiteradamente— la melancolía y el vaciamiento de voluntad que Ana manifestaba respecto de su propia existencia.

La memoria familiar la lleva al mundo español de la infancia y adolescencia de sus padres, para encontrar explicaciones más sutiles de su propio mundo infantil. Cuando recuerda su propia niñez, María Rosa Lojo vuelve sobre el mundo mágico de la infancia paterna y lo sitúa en un lugar privilegiado: “Durante toda nuestra infancia nos instruyó sobre su colección preciosa de objetos míticos con la

---

<sup>48</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 114.

<sup>49</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 99.

<sup>50</sup> Ídem, 117.

<sup>51</sup> Ídem, 118.

<sup>52</sup> Ídem, 147.

<sup>53</sup> Ídem, 267.



desenvoltura y la exactitud del experto que va abriendo a un público lego y ansioso de los tesoros de un museo”.<sup>54</sup> En ese mundo habían árboles enormes, grandes arcones que guardaban papeles y objetos de antepasados tan ilustres como desconocidos; también lobos e hilanderas con sus ruelas, todos habitaban el mundo infantil de Antón, que los convertía en juguetes para su prole. En esa infancia “nuestra” María Rosa propone, quizás, los juegos con su hermano Fito, o tal vez, incluye en el plural familiar las horas compartidas con Alicia, su amiga y vecina, ya que en su compañía recuerda haber hecho las primeras lecturas. Ambas, cuando niñas, cruzaron la segunda puerta que Silvia Molloy identificara como marca autorrepresentada del “yo”: la primera escena de lectura,<sup>55</sup> aunque Lojo aclara que su abuela Julia “había satisfecho mi curiosidad por las letras, la que me había enseñado a unir las y a entender los efectos de esa reunión prodigiosa”.<sup>56</sup>

Es interesante la mirada sobre este gesto, en concordancia con lo propuesto por Molloy acerca del registro que por lo general hacen quienes escriben sus memorias o sus recuerdos, el del momento del aprendizaje de la lectura, que la crítica llama “del lector con el libro en la mano”.<sup>57</sup> Autobiografema del cual se vale quien escribe para autorrepresentarse, entre otros signos, para reconocer—agrega Molloy—“una lectura cualitativamente diferente de la practicada hasta ese entonces: de pronto se reconoce un libro de entre muchos otros, el Libro de los Comienzos”.<sup>58</sup> Al respecto señala María Rosa Lojo: “Yo conocí a Alicia en el país de las maravillas”, al iniciar un capítulo destinado a evocar el lenguaje común con su amiga: “las historias que leíamos juntas en el sofá cama de su cuarto”.<sup>59</sup> Con frecuencia, agrega Molloy “se asocia la escena de lectura con un mentor. En algunos casos se trata de un maestro real, pero la mayor parte de las veces con una especie de guía que dirige las lecturas del niño”.<sup>60</sup> En *Árbol de familia* la escena de la lectora con el libro en la mano es representada por la de dos niñas que leen juntas: “Lejos del desdén, Alicia, con la autoridad que le confería

---

<sup>54</sup> Ídem, 101.

<sup>55</sup> Molloy, Sylvia *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica* (México: F.C.E., 2001), 29.

<sup>56</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 231.

<sup>57</sup> Molloy, *Acto de presencia*, 28.

<sup>58</sup> Ídem, 29.

<sup>59</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 253.

<sup>60</sup> Molloy, *Acto de presencia*, 30.

un año más, se dispuso a ejercer sobre mí una función protectora y educativa”.<sup>61</sup>

Hay, también en *Árbol de familia* escenas que recapitulan sobre lo leído, sobre el libro iniciático, sobre los anaqueles de lecturas. Cuando Lojo relata las aventuras de su tío Adolfo, único hermano de su madre que “no dejó herencias. No tuvo dinero que le durase ni casa propia ni contacto con otra tierra que no fuese la que se le había quedado adherida a los zapatos en su vida trashumante de gitano señorito”,<sup>62</sup> también refiere un legado que él le hizo: “Lo más precioso que me dio ni siquiera fue un regalo sino un préstamo, una especie de *leasing* a largo plazo.” El tío puso en sus manos la llave de su biblioteca y María Rosa encontró en ella junglas y praderas, brujos, reyes, exploradores, piratas. Dice: “Entré en esas historias como quien entra en un planeta de hongos alucinógenos. El cerebro no se me secó del poco dormir y el mucho leer, antes bien tomó temperatura y humedad de jungla, donde animales fabulosos y guerreros nómades merodeaban a la sombra de los baobabs”.<sup>63</sup> Así mismo, María Rosa se muestra encantada al descubrir “una colección completa de Monteiro Lobato”<sup>64</sup> durante una visita familiar a la casaquinta del contador de su padre. El repertorio de lecturas infantiles se completa con “las pocas pero significativas” herencias que la autora recibe de su madre. Algunos libros: “una edición del *Quijote* y otra de las *Novelas Ejemplares*, ambas de lujo y con ilustraciones de museo. Otra, en dos tomos, de Oscar Wilde, donde la voz del hombre más ingenioso convivía con la del más trágico y el más sensible”.<sup>65</sup> No todos eran de la misma calidad literaria, pero la autora supo abreviar en ellos los jugos poéticos para su inspiración.

Molloy reconoce que muchas veces suelen aparecer en las autobiografías, figuras de autoridad asociadas a testimonios no escritos, es decir, “figuras significativas, culturalmente influyentes e incluso, a veces, dotadas de autoridad cultural”.<sup>66</sup> Las personas que adquieren ese status, a menudo pueden no ser letradas y si lo son, casi siempre han vivido en el círculo familiar íntimo. De manera que abuelas y abuelos,

---

<sup>61</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 253.

<sup>62</sup> Ídem, 187.

<sup>63</sup> Ídem, 197-198.

<sup>64</sup> Ídem, 251.

<sup>65</sup> Ídem, 153-154.

<sup>66</sup> Molloy, *Acto de presencia*, 30.

propios y vecinos, o una madre que conozca rudimentos de lectura, sea lectora ávida o que sólo tenga ganas de contar, pueden ser buenos tutores para quienes comienzan a leer, aunque no fuera precisamente la lectura de un texto escrito el momento que se recuerda, sino los relatos que se han transmitido oralmente.

Participe de una vida familiar extendida, ya que en la casa de los Lojo residía también la abuela materna *doña Julia*, María Rosa también encuentra su camino de narradora en las historias que ella le contaba, cuando en sus noches infantiles se predisponía a escucharla. Algunas “eran diáfanas y venían con música” y otras “para ser dichas en voz baja y aleccionadora”,<sup>67</sup> pero siempre estaban destinadas a esa nieta con la que compartía habitación.

Las historias familiares en boca de su abuela y también las fábulas que María Rosa inventaba con Alicia—su amiga en el país de las maravillas—, prefiguran su escritura, aunque Lojo no lo exprese tan claramente en su novela, sino más bien, lo desfigure en estas memorias de familia hilvanadas como autoficción, trazando líneas con pinceles prestados por sus ancestros, a quienes retrata delineándoles luces y sombras.

### *Un legado para legar*

Tanto en *Cuerpos resplandecientes* como en *Árbol de familia*, la autora utiliza la prosopopeya como figura clave de ficción. Esta figura, permite convertir a todo individuo muerto en portador de memoria e identidad. En el caso de las personas santificadas popularmente, se advierte el sentido que Candau define como “tentativas de panteonización, las que serán siempre apuestas identitarias para el grupo, la sociedad o la nación”.<sup>68</sup> Aclara Candau:

La prosopopeya memorialista tiene varias características del *exemplum*: idealización, “personajes modelos”—en los que se disimulan defectos y magnifican las virtudes—, selecciones de los rasgos de carácter considerados dignos de imitación, “leyendas de vida” post mortem, capaces de fabricar dioses —¿no se habla hoy de la “resurrección del Che?”—trascendiendo las cualidades personales del difunto “a través de un modelo que combina arquetipos y estereotipos.”<sup>69</sup>

<sup>67</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 234-235.

<sup>68</sup> Candau, *Memoria e identidad*, 141.

<sup>69</sup> Ídem, 140-141.

El endiosamiento que se produce en los cultos populares tiene, como principal objeto el cuerpo de los personajes santificados, por lo que los lugares de inhumación o donde se localiza su muerte trágica se vuelven sitios de homenaje y de peregrinación. Esos cuerpos muertos deben ser venerados, porque en ellos reside la posibilidad del milagro. Sus cuerpos devienen *cuerpos resplandecientes* cuando son tocados, cuando son idolatrados y reverenciados con múltiples plegarias, de allí el título elegido por Lojo para sus ficciones, elaboradas a partir de tradiciones orales y escritas preexistentes, que recrean rasgos identitarios nacionales y regionales.

*Árbol de familia* se construye a partir de lo que Ángel Loureiro propone, adoptando los postulados de Paul De Man, como “el tropo «maestro» dominante” de la autobiografía: la prosopopeya, es decir utiliza “el tropo consistente en dar rostro y voz a los ausentes o a los muertos”.<sup>70</sup> No sólo esta figura aparece notablemente en la novela, sino también la “figura apostrófica” que Loureiro investiga en un estudio posterior, donde agrega una dimensión ética a los postulados de De Man y señala así, el sentido testamentario que la autobiografía sostiene:

Este tener que responder de sí en qué consiste la autobiografía hace que este tipo de escritura exceda la mera representación cognoscitiva y muestre claramente su composición ética. No los detalles de una vida, sino que el autobiógrafo los diga, constituye el aspecto fundamental de la autobiografía, con tal que entendamos que tal «decir» es tanto una respuesta como un legado al otro. De esta manera, el apóstrofe complementa de manera indispensable a la prosopopeya al dejar ver que, si como «dicho» la autobiografía se ocupa del pasado, como «decir» no sólo se centra en el presente sino que también mira hacia el futuro y, como tal, revela esa «estructura testamentaria» que, en *The Ear of the Other*, Derrida postula para todo texto en general y para la autobiografía en particular.<sup>71</sup>

En fin, el discurso de autorrepresentación va construyendo la identidad y pone en enunciación la guarda y difusión de la memoria, en el caso de Lojo, de una intersección de múltiples presencias ancestrales, en particular para quienes le dieron vida. Hay alusiones sobre su madre,

---

<sup>70</sup> Ángel Loureiro, “Problemas teóricos de la autobiografía” en *Suplementos Anthropos* n° 29, Barcelona (diciembre 1991): 6.

<sup>71</sup> Ángel Loureiro, “Autobiografía: el rehén singular y la oreja invisible”, en Mária Russotto, *La ansiedad autorial: formación de la autoría femenina en América Latina: los textos autobiográficos* (Caracas: Equinoccio-Universidad Simón Bolívar, 2006), 30.

Doña Ana, sobre Antón, su padre, sobre Doña Julia, su abuela, y sobre tantos otros que forman las ramas de su frondoso *Árbol de familia*. Sin embargo, el personaje paterno es quien recibe la ofrenda de su *in memoriam*. La identidad con el mundo gallego o su *terra pai* es una marca notable en la escritura de Lojo, que aparece no sólo en *Árbol de familia* sino en otras obras de la autora. Así, la novela *Finisterre*<sup>72</sup>, publicada en 2005, reúne en el mundo pampeano de los ranqueles a mediados del siglo XIX, historias de mujeres y varones irlandeses, nativos, españoles, en una verdadera metáfora de las memorias personales que desde orígenes diversos se perpetúan gracias al relato de sus experiencias compartidas.

La identificación de la autora con el mundo gallego se impregna con lugares, perfumes, sensaciones, que tienen un *continuum* gracias al lenguaje, el que le permite adoptar una *doble especular*, la que María Rosa Lojo también encuentra en *el corredor* “un pasillo prodigioso, entre los montes de Barbanza y la vasta llanura que concluye, sin una ondulación en el río inmóvil”<sup>73</sup> que cruza cada vez que visita Galicia, después de asomarse a la proa de la roca de *Finis Terra*, el sitio que es para Lojo un mantra que permite exorcizar los miedos, diáfano pasaje donde ella transita yendo y viniendo: “Volveré yéndome. Me partiré volviéndome. Como Jano, el dios de dos caras, el de las puertas y las llaves, el de los comienzos y los finales, el que tiembla entre el presente y el porvenir”.<sup>74</sup>

Un lenguaje que se vuelve poesía en la prosa novelada que atrapa las memorias familiares, atraviesa generaciones donde vida y muerte se exponen, en sucesión, hasta los últimos capítulos que, quizás como un nuevo y paradójico renacer, Lojo titula “Sobrevidas” y “Sobremuertes”. La configuración del discurso autobiográfico debe entenderse como proceso y producto narrativo, concebidos al mismo tiempo. *Eso* que está escribiendo puede que sea leído como su autobiografía, aunque no sea del todo su auto/bio/grafía. Como advierte Sidonie Smith sobre las

---

<sup>72</sup> María Rosa Lojo *Finisterre* (Buenos Aires: Sudamericana, 2005). La novela fue traducida al gallego: *A fin da terra* (Vigo: Galaxia, 2006). También en gallego su libro de cuentos *O Libro das Seniguais e do Único Senigal* (Vigo: Galaxia, 2010), un álbum ilustrado, en el que la acompaña la artista plástica Leonor Beuter, su propia hija.

<sup>73</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 132.

<sup>74</sup> Ídem, 139.

formas diversas que las mujeres tienen de generar su autorrepresentación:

El juego consiste en buscar, elegir, y descartar palabras e historias que sugieren, se aproximan, pero nunca recapturan del todo el pasado, es lo que Elizabeth W. Bruss denomina “acto autobiográfico”: una interpretación de la vida que reviste de una coherencia y significado, tal vez no evidentes antes del propio acto de la escritura, al propio *yo* y al pasado. [...] Diré, para apretar más las tuercas y hacer saltar categorías demasiado cómodas, que la visión “diferida” es un proceso “ficticio” en el cual la autobiógrafa cuenta constantemente, no “la” historia, sino “una” historia y lo hace de «este» modo determinado, y no de otro.<sup>75</sup>

La novela se presenta como una autobiografía a la manera de lo que Smith llama visión “diferida” o “proceso ficticio”, “en el cual la autobiógrafa cuenta constantemente, no “la” historia, sino “una” historia, y lo hace de “este” modo determinado, y no de otro”.<sup>76</sup> Según la estudiosa, al hacerlo participa “en una aventura, tentadora pero elusiva, que la convierte tanto en creadora como en creación, en escritora como en objeto de la escritura”<sup>77</sup> ya que—agrega—el *yo* narrativo en las autobiografías siempre es un ser ficcional.

Si la figura paterna la conecta con la tierra originaria—la de la madre—sirve de pretexto para la lengua de origen. En *Árbol de familia*, la figura predominante es la de una sin rumbo o con itinerarios fragmentados por los sueños de lo que hubiera deseado ser, y la de otra que se consideraba “una casi viuda”<sup>78</sup> de su primer novio José María, arrebatado poco antes de la boda por una razzia de los rojos en tiempos de la guerra civil española. Ana, la bella bellísima, la del exilio forzado por las magras economías familiares, dispuesta a emplearse en Harrods, o a pasar en limpio y corregir documentos por cuenta propia, o a convertirse en vendedora de una fábrica de lencería, al final, en corredora independiente que transitaba la ciudad de cabo a rabo, sin embargo, nunca pudo desprenderse de sus propios muertos, enterrados en España. De nuevo, la prosopopeya adquiere valor narrativo al punto

---

<sup>75</sup> Smith alude al libro *Autobiographical Acts. The Changing Situation of a Literary Genre* de Bruss, (Baltimore: Johns Hopkins Univ. Press, 1976), 33-92.

<sup>76</sup> Smith, “Hacia una poética”, 97.

<sup>77</sup> Ídem.

<sup>78</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 177.

que la autora incorpora en su linaje a su “falso padre”<sup>79</sup> en el relato titulado “Pepe”<sup>80</sup>, en el que las cartas del novio desaparecido renombran a la guapa Ana, que nunca pudo olvidarlo.

Aquella joven ilusionada por un matrimonio amoroso difiere mucho de doña Ana rodeada de fantasmas y convertida en un espectro durante los últimos años de vida. En uno de los textos más largos que le dedica a la figura materna María Rosa la describe por sus carencias y, avanzado en el texto, la resume por la vía de la negación en dos frases sucedáneas, enunciadas en líneas diferentes del texto: “Doña Ana no tenía” y “Doña Ana NO”<sup>81</sup> que muestran una madre disconforme con el destino marcado por su origen: “Había nacido en una familia decente y arruinada de la antigua España”,<sup>82</sup> que había sido criada para reproducir el esquema familiar tradicional. En un juego que multiplica y contrasta virtudes y mandatos, Lojo refiere:

Lo que doña Ana no tenía fue siempre más importante que sus bienes reales y concretos. Era innumerable e inabarcable, y ocupó durante años las habitaciones vastas y huecas de sus sueños, que se agrandaban en vano como codiciosas salas de recibo preparándose para el advenimiento de todo lo que iba a hacerla una mujer feliz.

Doña Ana no tenía ropas adecuadas a su apellido ni a la magnitud de su belleza, parangonable con la de las estrellas de Hollywood [...] Doña Ana no tenía educación, aunque eso no debiera haber sido un problema, porque ineducadas eran casi todas las españolas de su tiempo, pero—bella y todo—contaba con una salvaje inteligencia capaz de aquilatar el desorden de sus lecturas y su ignorancia frondosa. Doña Ana no tenía madre que la comprendiera, porque doña Julia le quitaba las novelas y la obligaba a hacer las camas y barrer los pisos, a la espera de que algún novio bienintencionado y de caudales sólidos despejase las locas fantasías que la dejaban afantasmada y lela, como si dialogase con criaturas invisibles.<sup>83</sup>

Las marcas del relato sobre la juventud de Ana remiten a la condición compartida por muchas mujeres nacidas al principio del siglo XX, a quienes se preparó sólo para el matrimonio y la maternidad, a las que no se les estaba permitido proyectar su propia existencia de manera autónoma. Pero la autora restituye en el relato el espíritu indómito y

---

<sup>79</sup> Ídem, 182.

<sup>80</sup> Ídem, 179-183.

<sup>81</sup> Ídem, 149.

<sup>82</sup> Ídem.

<sup>83</sup> Ídem, 148.

atrevido de su madre, que lejos de encauzarla en la nueva familia, la llevan al extravío y a la soledad.

Sylvia Molloy cuando analiza las estrategias de autofiguración de varias escritoras latinoamericanas concluye: “Los hogares de la infancia, cuando se vuelve a ellos, no son necesariamente felices”<sup>84</sup> y en el libro de Lojo las situaciones conflictivas están a la vista en especial cuando describe a su madre, que se presenta acosada por un sinnúmero de fantasmas sombríos que—supone la autora—, no le dejaban ver que también había felicidad en la nueva tierra de adopción. María Rosa Lojo concibe esta enunciación a partir de “fotos felices, tomadas en el patio”,<sup>85</sup> utilizando uno de los recursos propios del siglo XX: la fotografía, considerada por los estudiosos de la memoria como marcadora de huellas. Sin embargo, la instancia regeneradora del recuerdo está dada por la enunciación descriptiva:

Doña Ana tiene un vestido estampado de margaritas que hacen juego con las margaritas reales del jardín. Mi padre y mi tío llevan camisas hawaianas y sombreros de cowboy. Lucen espantosamente ridículos y lo saben. Se ríen mirando a la cámara mientras brindan con cerveza helada. Las gotitas que trasuda la botella humedecen todavía hoy los dedos que rozan la superficie lustrosa de la foto. Mi madre reina en la casa nueva, puro estilo americano, de un país nuevo. [...] Mi padre es el constructor y dueño de esa casa y cree, a veces—lo cree, seguramente, en esa foto—, que también es el dueño del amor de doña Ana.<sup>86</sup>

Aunque María Rosa niña no aparece en la foto—o quizás se borra a sabiendas de lo que quiere mostrar—el párrafo siguiente alude al recuerdo de “la muñeca más grande que tuve nunca”.<sup>87</sup> La voz infantil de Lojo asume un tono conciliador y recupera, también ella en los relatos de su infancia, el propio *paraíso perdido* en los conflictos familiares y en los personajes más cercanos de su novela: madre y padre, su abuela Julia, su tío Adolfo y su hermano Fito.

En la novela, Lojo también recurre a la memoria comunitaria, cuando se refiere a su vida escolar y a la vecindad con Alicia, quienes disfrutaron juntas del abuelo de ésta. María Rosa no pudo conocer a sus

---

<sup>84</sup> Sylvia Molloy, “Identidades textuales femeninas: estrategias de autofiguración” en *Mora Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*. (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, N° 12, Diciembre 2006), 83.

<sup>85</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 196.

<sup>86</sup> Ídem.

<sup>87</sup> Ídem.



abuelos biológicos, por lo que la relación con el abuelo José se sobrecargó, en su memoria, de familiaridad compartida. En esas mismas remembranzas, Lojo incluye la elección de su escuela primaria por parte de su madre y su abuela, que en vez de recaer en la escuela laica, lo hizo en una de monjas, muy a pesar de su padre, que prefería la estatal. Aunque posteriores a la infancia de la autora, los años trágicos de la dictadura son evocados en las dos monjas francesas desaparecidas en esos años: “Léonie Duquet y Alice Domon”.<sup>88</sup> Una memoria colectiva ineludible a la que Lojo vuelve a apelar para mostrar la escena histórica de Argentina en el momento de “explosión” de su madre.

Como memoria primordialmente familiar, las evocaciones de *Árbol de familia* atienden con profusión a las acciones domésticas, las que fluyen con naturalidad mientras se producen. Estudiosas de la trasmisión de la memoria en el ámbito parental, como Alejandra Oberti que en *Lazos de familia* realiza un análisis de los diálogos posibles e imposibles entre generaciones en el contexto del pasado reciente argentino en particular, entre jóvenes cuyas madres y padres han sido militantes durante la dictadura, advierten que:

Las relaciones familiares son lugares donde, a través de acciones aparentemente banales, propias de la vida diaria, la transmisión de experiencias de una generación a otra encuentra canales privilegiados de expresión que parecen hacerla fluir con naturalidad, sin que haya necesidad de pensarla demasiado; hasta que algún acontecimiento la amenaza. Es sólo entonces cuando se percibe la necesidad de reconstituirla o afirmarla por medio de un trabajo.

[...] Se trata de un trabajo emocional, arduo, que lucha contra silencios y malentendidos, que parte de un material siempre fragmentario, y que intenta, una y otra vez, ir más allá de la tentación de convertir la trasmisión en agente congelante de significaciones. Pequeñas batallas cotidianas libradas de las más diversas maneras que le permiten a la generación de los hijos enfrentarse a lo propio, a lo nuevo, y por lo tanto construirse una existencia.<sup>89</sup>

El trabajo literario de Lojo en *Árbol de familia* se funda en estos (im)posibles diálogos, en especial con su madre. La escritora anticipa en las “herencias” de su madre el desconcertante legado que Ana hizo cuando “decidió consumir, de una sola vez, su capital acumulado de

---

<sup>88</sup> Ídem, 256.

<sup>89</sup> Alejandra Oberti “La salud de los enfermos o los (im)posibles diálogos entre generaciones sobre el pasado reciente” en Ana Amado et al. *Lazos de familia: herencias, cuerpos, ficciones* (Buenos Aires: Paidós, 2004), 127.

somníferos, ansiolíticos, antidepresivos”,<sup>90</sup> cuando se produjo *la inexplicable explosión*, mucho más sorprendente para una hija a punto de alumbrar a su primer hijo. Una cascada de preguntas se desborda para encontrar lo no revelado, lo ausente, lo desaparecido y, como conjuro, Lojo reinventa un “Credo” esperanzador: “Creo, [en] La resurrección en mi carne/ Y la carne de mis hijos, /La vida perdurable. /Amén”,<sup>91</sup> fraguando así una urdimbre nueva, un nuevo linaje.

Al final, en “Sobremuertes” María Rosa Lojo descompone—como si fueran partes de un rompecabezas—la “desaparición” de su madre. No puede explicarse esa “falsa muerte”<sup>92</sup> y alude a su propia memoria, la que se vuelve sobre sí. En esa forma de memoria “imperativa, omnipresente, invasora, excesiva, abusadora”<sup>93</sup> que según Candau “se niega a menudo a callarse”<sup>94</sup> donde si no se satisface el deber de recordar y no se acepta la transmisión de lo recibido, hay riesgo de exponerse a la propia desaparición, por lo que el tiempo de seguir callando debe concluir, y la enunciación de Lojo así lo revela:

Durante años, también, doña Ana fue para mí una puerta-trampa en los bajos de la memoria. Una puerta parecida a una grieta por donde pasa el viento glacial de la negación. Canta ese viento sus himnos oscuros en la cara oculta de mis pesadillas y dice no acepto, dice lo que me diste lo devuelvo, lo que recibí no lo quiero. No tendrás paz porque lo que llaman vida es guerra.

[...] Desaparece la cara de doña Ana, joven, la que me tenía de la mano y daba de comer conmigo a las palomas, en la Plaza del Congreso. Desaparece la contadora de historias, la que hacía casas de muñecas cuyos habitantes no superaban el tamaño de un dedo pulgar. Se borra la Dama de los Libros, como una escritura en retroceso que devora sus huellas en los papeles blancos. La intérprete de caligrafías, la grafóloga, que adivinaba el misterio de los seres en el grosor, la forma y la estatura de esos trazos vivos, pierde la vista y la memoria. Mientras ella se desintegra y vuelve al origen yo desnazco. Nada soy, porque no debí ser. Doña Ana me arroja al torbellino de la disolución donde todo se escurre, como el agua sucia por un sumidero, junto con los restos de su existencia errónea.<sup>95</sup>

Sin embargo, este deshacerse de la vida de doña Ana queda redimido de inmediato en la conmemoración del cumpleaños de su

---

<sup>90</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 270.

<sup>91</sup> Ídem, 270- 271.

<sup>92</sup> Ídem, 280.

<sup>93</sup> Candau, *Memoria e identidad*, 121.

<sup>94</sup> Ídem.

<sup>95</sup> Lojo, *Árbol de familia*, 281.

madre que hace la autora, imaginándola en un Cielo incongruente ¿acaso el Jardín del Paraíso? en el que María Rosa, supone finalmente, doña Ana aprenderá a vivir.

A lo largo de *Árbol de familia* María Rosa interpela a las palabras para unir fragmentos de una identidad escurridiza entre el origen de sus padres y la tierra donde ha sembrado sus hijos. Elige para sí la identidad de “exiliada hija”, una identidad con huellas indelebles en su vida, en la que “sus escritos estarán atravesados por el combate y la nostalgia de esa tierra original y perdida—en principio paterna, pero también propia—que ha convertido a la Argentina, aunque querida como lugar de acogida, en una tierra accidental”.<sup>96</sup> El exilio heredado que—completa Crespo Buitirón—también escinde a Lojo entre nacionalidades, espacios y culturas entre España y Argentina.

Pero más allá de las tragedias y dolores, de las pérdidas y quebrantos, María Rosa Lojo dispone su gran dote de palabras poéticas y organiza sus herencias. Y lo hace creando ilusiones, inventando realidades, transfigurando a otros y, por qué no, desfigurándose en su relato autobiográfico. Lo hace, también reconociendo en cada uno de sus cuentos, los pliegues, las facetas, los matices de tantas memorias como personajes recrea. En *Cuentos resplandecientes* está el legado de la tierra de sus experiencias, donde habita la autora y donde alumbró su progenie, territorio vasto en voces disímiles que Lojo captura con palabras de su “lengua madre”. Gracias a esta lengua que ha heredado la escritora argentina, plantea en sus ficciones y ensayos la reinscripción de identidades borradas (la de marginales, discriminados y excluidos) dentro del canon de la tradición universal<sup>97</sup>, mientras que en *Cuerpos*

---

<sup>96</sup> Crespo Buitirón, Marcela “Poéticas de exilio: María Rosa Lojo, un resquicio ontológico en la dimensión política”. *A Contracorriente* Vol. 8, No. 3, (Spring 2011): 122.

<sup>97</sup> Entre sus ensayos más recientes se destacan: *La “barbarie” en la narrativa argentina siglo XIX* (Buenos Aires: Corregidor, 1994). El “Estudio Preliminar” de *Cuentistas Argentinos de Fin de Siglo Tomos I y II* (Buenos Aires: Vinciguerra, 1997). *El Símbolo: Poéticas, Teorías, Metatextos* (México: Editorial Universidad Nacional Autónoma de México, 1997), donde traza una historia de las concepciones simbólicas en la literatura, tratando su uso en Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal y Ernesto Sábato. *Sábato: en busca del original perdido* (Buenos Aires: Corregidor, 1997), donde analiza la narrativa de Ernesto Sábato, sobre quien la escritora ha hecho su tesis de Doctorado. Más recientemente, María Rosa Lojo ha coordinado *Edición crítica de “Sobre héroes y tumbas”* según el programa Archivos, que reúne especialistas de varias Universidades, (Poitiers/ Córdoba; CRLA/Archivos de la

*resplandecientes*, las identidades que se reivindican son las de la tierra de los hijos de la autora. En *Árbol de familia*, la búsqueda de explicaciones y de recuerdos abreva mucho más en lo íntimo, siendo lo contado en el ámbito doméstico, lo que no puede acallarse de la propia historia, lo que debe ser narrado para que se incorpore a la trama que, cual Penélope afanosa, teje *Mnemosine*. Ella, tan hábil para entrelazar recuerdos, sabe hilar voces apócrifas con otras verdaderas. Y cuando la urdimbre se tensa, se alborota, se conmueve, presurosa la madre de las musas, desteje, desenreda, olvida los hilos defectuosos y rearma su telar evocativo; toma las palabras, oculta las que son oscuras y echa un manto de olvido a las hirientes. Siempre, claro está, las tramas brotan de manos tan lúcidas como las de María Rosa Lojo que, con un atractivo lenguaje, exhumado de sí misma o de las remembranzas ajenas, se convierten en pura poesía.

---

UNESCO-Alción, 2008). Antes Lojo publicó junto a su equipo *Edición académica de Lucia Miranda de Eduarda Mansilla* (Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Verbuert, 2007), edición de insuperable factura ensayística y con un notable aparato crítico que la acompaña. Al mismo tiempo dirige: *Los "gallegos" en el imaginario argentino* (Vigo/La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2008), obra en la que la acompañan Marina Guidotti de Sánchez y Ruy Farías. A la par de la publicación de su novela *Árbol de familia*, Lojo dirige junto a Michèle Soriano: *Identidad y Narración en carne viva. Cuerpo, género y espacio en la novela argentina 1980-2010* (Buenos Aires: Universidad del Salvador, Convenio entre Universidad del Salvador y Universidad de Toulouse II Le Mirail, 2010). "Reescribir los orígenes en una huella secreta y alternativa" en Milagros Ezquerro, Eduardo Ramos-Izquierdo (dir.), *Rescrituras y transgenericidades*, (México / Paris, Rilma 2 / ADEHL, 2010), 229-234. "Idas y vueltas de los hermanos Mansilla". Panel: "Lecturas y reescrituras. Una práctica comparada. Los hermanos Mansilla o "el mundo se conoce por los extremos". En Adriana Cristina Crolla (ed.). *Lindes actuales de la literatura comparada*. (Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2011). Ver <http://www.mariarosalajo.com.ar/dela/index.htm> (Consultado el 11/11/2011).